

BEATO JUAN XXIII, EL PAPA DE LA BONDAD

Nació el día 25 de noviembre de 1881 en Sotto il Monte, Diócesis de Bérgamo (Italia), el cuarto de trece hermanos. Ese mismo día fue bautizado con el nombre de Ángelo Giuseppe. Angelino fue creciendo en el seno de una familia campesina humilde y pobre, pero que contaba con una gran riqueza: la fe, la caridad, la absoluta confianza en la Providencia de Dios y la oración diaria, que eran fuente de total serenidad. El futuro papa reconoció siempre el valor de estas virtudes que aprendió y adquirió en el seno de su familia. Decía que “*son lo más valioso e importante porque permiten fortalecer a los demás y darles amor*”.

Recibió la confirmación y la primera comunión en 1889 y, en 1892, cuando Ángelo tenía 11 años, entró en el Seminario de Bérgamo para cursar los estudios superiores, gracias a la ayuda económica del párroco y de Giovanni Morlani, propietario de las tierras que cultivaban los Roncalli. Allí empezó a redactar sus apuntes espirituales, que escribiría hasta el fin de sus días y que han sido recogidos en su «*Diario del alma*».

A causa de su capacidad intelectual y moral, en 1901 fue enviado a Roma para seguir sus estudios de teología. En un clima de apertura e innovación cultural, dice de la formación intelectual impartida por el Seminario Romano: “*daba discretas alas a nuestra juventud y coraje para alcanzar grandes horizontes*” En 1901-1902 pidió el servicio militar anticipado, sacrificándose en el lugar de su hermano Zaverio, el cual era indispensable en casa y para trabajar en el campo. Fue un gran purgatorio. “*Aún así -escribía- siento que el Señor, con su Providencia, se encuentra a mi lado*”. Fue ordenado sacerdote el 10 de agosto de 1904, en Roma.

En 1905 fue nombrado secretario del nuevo obispo de Bérgamo, Mons. Radini Tedeschi. Desempeñó este cargo durante 10 años, acompañando al obispo en las visitas pastorales y colaborando en múltiples iniciativas apostólicas: sínodo, redacción del boletín diocesano, peregrinaciones, obras sociales. A la vez era profesor de historia, patrología y apologética en el seminario, asistente de la Acción Católica Femenina, colaborador en el diario católico de Bérgamo y predicador muy solicitado por su elocuencia elegante, profunda y eficaz.

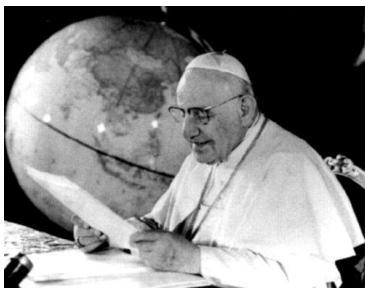
En aquellos años, además, ahondó en el estudio de la Historia, centrado en tres grandes pastores: San Carlos Borromeo (de quien publicó las Actas de la visita apostólica realizada a la diócesis de Bérgamo en 1575), San Francisco de Sales y el entonces Beato Gregorio Barbarigo. Tras la muerte de Mons. Radini Tedeschi, en 1914, don Ángelo prosiguió su ministerio sacerdotal dedicado a la docencia en el seminario y al apostolado, sobre todo entre los miembros de las asociaciones católicas.

En 1915, cuando Italia entró en la Primera Guerra Mundial, fue llamado como sargento sanitario y nombrado capellán militar de los soldados heridos que regresaban del frente. Al

final de la guerra, 1918, abrió la «Casa del Estudiante» y trabajó en la pastoral de estudiantes. En 1919 fue nombrado director espiritual del seminario.

En 1921 empezó la segunda parte de la vida de don Ángelo Roncalli, dedicada al servicio de la Santa Sede. Llamado a Roma como presidente para Italia de las Obras Pontificias para la Propagación de la Fe, recorrió muchas diócesis de Italia organizando círculos de misiones. En esta época incrementó su amor hacia las misiones extranjeras influido por el P. Paolo Manna, Superior General del Instituto Pontificio para las Misiones Extranjeras (PIME), cuyo programa era: *“Toda la Iglesia para todo el mundo”*. Y en 1925 Pío XI lo nombró visitador apostólico para Bulgaria y lo elevó al episcopado. Su lema episcopal, programa que lo acompañó durante toda la vida, fue: *«Obediencia y paz»*.

Tras su consagración episcopal, que tuvo lugar el 19 de marzo de 1925 en Roma, inició su ministerio en Bulgaria, donde permanecería hasta 1935. Sufrió mucho a causa de la difícil situación social, política y religiosa de este país. Pero gracias a su simpatía, su simplicidad, su bondad de corazón y su inteligencia consiguió conquistar a la gente. Una muestra de ello son estas palabras de su primer discurso referente a las relaciones con la Iglesia Ortodoxa: *“No es suficiente alimentar sentimientos cordiales hacia nuestros hermanos separados: si realmente los amas, dales buen ejemplo y transforma tu amor en acción”*.



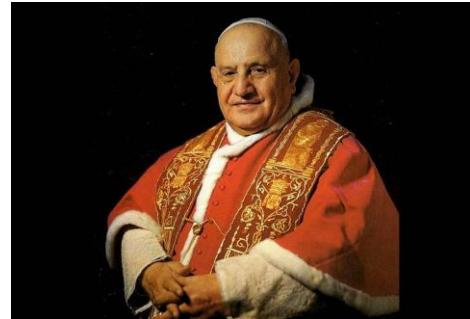
En 1934 fue trasladado a la Delegación de Turquía y nombrado Administrador Apostólico de la Iglesia Latina de Estambul. De nuevo, un vasto campo de trabajo en el que emplearía otros 10 años de su vida. Mons. Roncalli trabajó con intensidad al servicio de los católicos y destacó por su diálogo y talante respetuoso con los ortodoxos y con los musulmanes. Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial se hallaba en Grecia, que quedó devastada por los combates. Procuró dar noticias sobre los prisioneros de guerra y salvó a muchos refugiados judíos con el «visado de tránsito» de la delegación apostólica.

El mes de diciembre de 1944 el Papa Pío XII lo nombró Nuncio Apostólico de París, donde se encontró una vez más con una situación muy difícil: a nivel político estaban los numerosos obispos que habían colaborado con los alemanes; a nivel religioso estaba el problema con los curas obreros... También en París pudo resolver los problemas y conquistar el corazón de los franceses y del Cuerpo Diplomático gracias a su cortesía, su simplicidad, y su amabilidad. Se distinguió siempre por su búsqueda de la sencillez evangélica, incluso en los asuntos diplomáticos más intrincados. Años más tarde, diría que *“algunas gentes gustan de complicar las cosas sencillas, pero a mí me agrada simplificar las cosas complicadas!”*

El 12 de enero de 1953, Mons. Roncalli fue nombrado cardenal por el Papa Pío XII, y tres días más tarde, el 15 de enero, fue nombrado Patriarca de Venecia. En la primera homilía en San Marcos, muestra su espíritu siempre pastoral: *“Quiero ser vuestro hermano, amable,*

cercano, comprensivo”. No compró ninguna barca ni ninguna góndola como era tradicional en el Patriarca de Venecia, sino que utilizaba el transporte público. En Venecia decían de él: “*Toda persona que se cruza con él tiene la sensación de que el Patriarca lo trata de manera especial*”.

El 28 de octubre de 1958, contando con 77 años, Mons. Roncalli fue elegido Papa ante la sorpresa de todo el mundo a causa de su ya avanzada edad, y tomó el nombre de Juan XXIII. Su pontificado, que duró menos de cinco años, lo presentó al mundo como un auténtico buen pastor. Manso y atento, emprendedor y valiente, sencillo y cordial, quiso seguir practicando el servicio de la caridad de forma tangible, visitando a los encarcelados y a los enfermos, recibiendo a hombres de todas las naciones y creencias, y cultivando un exquisito sentimiento de paternidad hacia todos.



Tres meses después de su elección, el 25 de enero de 1959, en la Basílica de San Pablo Extramuros, ante la sorpresa de todo el mundo anunció el XXI Concilio Ecuménico – que posteriormente fue llamado Concilio Vaticano II –, el I Sínodo de la Diócesis de Roma y la revisión del Código de Derecho Canónico. “*La Iglesia no es un museo para conservar, sino un jardín para cultivar*”, les dijo en una ocasión a los miembros de la Curia Romana. Durante su Pontificado nombró 37 nuevos cardenales, entre los cuales figuró por primera vez uno de Tanzania, un japonés, un filipino y un mexicano. Fue el primer Papa que, desde 1870, ejerció su ministerio de obispo de Roma visitando personalmente las parroquias de su Diócesis y peregrinando fuera de la ciudad de Roma.

La gente vio en él un reflejo de la bondad de Dios y lo llamó «*el Papa de la bondad*». Lo sostenía un profundo espíritu de oración. Su persona, iniciadora de una gran renovación en la Iglesia, irradiaba la paz propia de quien confía siempre en el Señor. En su célebre encíclica «*Pacem in terris*» propuso a creyentes y no creyentes el Evangelio como camino para llegar al bien fundamental de la paz. En efecto, estaba convencido de que el Espíritu de Dios hace oír de algún modo su voz a todo hombre de buena voluntad. No se turbó ante las pruebas, sino que supo mirar siempre con optimismo las diversas vicisitudes de la existencia: «*Basta la preocupación por el presente; no es necesario tener fantasía y ansiedad por la construcción del futuro*», escribió en 1961 en su «*Diario del alma*».

El 11 de octubre de 1962 el papa Roncalli inauguró el Concilio Vaticano II en San Pedro, indicando la precisa orientación de los objetivos: no se trataba de definir nuevas verdades ni de condenar errores, sino de renovar la Iglesia para hacerla capaz de transmitir el Evangelio en el momento presente de la historia; promover los caminos de unidad de las Iglesias cristianas; buscar lo bueno de los nuevos tiempos y establecer un diálogo con el mundo moderno, buscando siempre “*primero lo que nos une y no lo que nos separa*”. Esa misma

noche, asomado a su balcón, manifestó que “*Mi persona no cuenta nada, es un hermano el que os habla, convertido en padre por la voluntad de nuestro señor, pero todo junto, paternidad y fraternidad, son gracia de Dios.*” Siempre se consideró un puro instrumento de la providencia de Dios, rechazando cualquier protagonismo de su propia persona.

No se debe olvidar que fue un historiador, y que solía decir que quien ha estudiado a fondo la historia no se maravilla de nada de lo que pasa en el mundo. Conocía todos los horrores que a través de la historia había cometido el ser humano, y se había asomado a lo más profundo de sus miserias en varias ocasiones. Creía firmemente que si se pudiera romper el corazón de ese hombre que tanto dolor siembra en la tierra, se descubriría con asombro que dentro de cada corazón brilla un sol que ni el hombre mismo conoce a fondo, porque suele estar más agobiado por sus miserias que por sus grandezas. Por eso era incapaz de decirle a nadie: “*Tú te equivocas*”, pues Juan XXIII se acercaba a las personas, no a las ideologías. Apostaba siempre por la “*medicina de la misericordia*”, tenía el arte de descubrir en cada hombre lo mejor de su alma, y sabía estimularlo. Fue siempre un optimista, convencido de la bondad del hombre, y rechazó abiertamente a los “*profetas de desventuras*” que “*creen ver sólo males y ruinas en la situación del mundo actual*”.

Falleció la tarde del 3 de junio de 1963, a causa de un cáncer de estómago, cuando el concilio que él había convocado apenas empezaba a caminar.

Juan Pablo II, quien lo beatificó el 3 de septiembre del año 2000, lo definió como “*el papa de la bondad, de las misiones, del Concilio, del ecumenismo, de la paz, de la Iglesia que quiere abrazar a toda la humanidad*”. Estableció su fiesta el 11 de octubre, recordando así la fecha en que Juan XXIII inauguró solemnemente el Concilio Vaticano II, el 11 de octubre de 1962.

Pablo Cirujeda